

La mili en tres dimensiones

Eulogio SÁNCHEZ NAVARRO

Sociólogo. Cuartel General del Ejército

Para tratar de comprender la manera en que los sujetos se ven a sí mismos podemos analizar muchos aspectos de los que les rodean, pero uno, sin duda relevante, es el modo en que ellos mismos se representan. En este sentido podemos seguir las consideraciones que sobre el particular hace Geertz (1994: 77) al señalar como él lo ha hecho en sus trabajos; ... *descubriendo y analizando las formas simbólicas —palabras, imágenes, instituciones, comportamientos— en los términos en que, en cada lugar, la gente se representa realmente a sí misma y entre sí*. En este conjunto de formas simbólicas tiene cabida toda manifestación audiovisual que los propios actores generen y en las que los protagonistas sean, en una u otra medida, ellos mismos, o una proyección del grupo al que pertenecen.

El presente artículo no pretende ser una argumentación más para justificar o defender la validez de las imágenes en el trabajo antropológico, pues parto de la base de que ésta resulta actualmente incuestionable. Lo que pretendo con ésta exposición es más bien mostrar cómo el uso de las imágenes constituye un mecanismo que, no sólo tiene cabida en el análisis antropológico, sino que en ocasiones resulta sumamente adecuado y permite analizar la realidad que estudiamos desde otra perspectiva. Esto resulta especialmente cierto cuando las imágenes no son únicamente fruto del trabajo del investigador, es decir no son imágenes captadas por el analista a través de la lente de su cámara, sino que constituyen una forma de expresión alternativa empleada por los miembros de la cultura o del grupo al que se estudia, por lo que no existirá en este caso el problema añadido del posible sesgo que confiere al estudio la manera en que el antropólogo mira y observa aquello que analiza —o al menos no se dará en la misma medida en que ocurre cuando el analista produce o delimita la propia imagen.

No obstante en el propio estudio tendrán también cabida las imágenes captadas por el investigador y “creadas” de algún modo por él mismo en el proceso de su trabajo de campo; me refiero a las fotografías o filmes que produzca. En este caso sólo presentaré una de las fotografías que he realizado en mi propia investigación, para que sirva como elemento de contraste y a la vez como información complementaria a la expuesta por la propia producción de los actores. También quisiera considerar cómo las manifestaciones visuales adquieren un valor para las instituciones u organizaciones a las que pertenecen, o en las que están insertas de una u otra forma los actores, en el sentido de que éstas también dedican parte de su energía en producir una serie de mensajes utilizando los medios audiovisuales de que dispongan. Por tanto, la producción audiovisual de éste tipo podrá ser un elemento más a considerar por parte del analista a la hora de intentar comprender la realidad que estudia.

Resumiendo, esta exposición puede dividirse en tres apartados; uno referido a las imágenes producidas por los propios actores y que constituyen una fuente etnográfica en sí misma, al ser manifestaciones elaboradas sin intermediación del investigador. En este caso concreto las imágenes seleccionadas son fundamentalmente caricaturas realizadas por los soldados, a través de las cuales éstos tratan de exteriorizar su particular percepción de la realidad en la que viven, las cuales constituyen una base documental de interés para ser analizada, pues proporcionan una gran información sobre la manera en que los soldados organizan y estructuran su universo simbólico, aunque lo hagan de forma metafórica y aparentemente cómica e intrascendente. Una segunda categoría estaría constituida por las imágenes elaboradas por el propio antropólogo, es decir las que éste capta a través de los medios que utilice, de las cuales referiré en este artículo básicamente las recogidas a través de fotografías. La tercera y última categoría la constituirían las manifestaciones visuales producidas por la organización o institución en el que se encuentra inmerso el grupo que pretendemos comprender, cuando esto proceda, como sucede en mi opinión en el caso que trato aquí.

Como dije inicialmente, mi propósito es presentar cómo determinadas imágenes nos pueden ayudar a comprender algunos aspectos de interés sobre el grupo y la cultura que analizamos, que en mi caso está circunscrito a los soldados de reemplazo del ejército de tierra español. Para ello presentaré algunas de estas imágenes que considero representativas de determinados aspectos o temas relacionados con el grupo señalado y a través de la interpretación de lo que las imágenes simbolizan intentaré acercarme y acercar al lector a algunos de los aspectos de la vida de los soldados en el ámbito del servicio militar obligatorio.

De acuerdo al orden referido anteriormente, el primer aspecto que presentaré será el de los dibujos realizados por los propios actores. En ellos se puede

apreciar un elemento destacado de la subcultura cuartelera de la tropa; el que hace referencia al propio status de los soldados de reemplazo dentro del grupo al que pertenecen. En este caso el factor temporal juega un papel fundamental, pues en última instancia es el que determina la adscripción de uno u otro status, siendo la veteranía el elemento que otorga el puesto correspondiente de cada cual. Así mismo, podremos apreciar cómo los soldados recurren a una categorización específica y particular para señalar la distinción entre estos estadios amparándose en un sistema cronológico que recurre a una categorización basada en una ordenación de carácter filial.

La caricatura que presento a continuación es sólo una parte de un “documento” que elaboran los soldados de reemplazo en muchos acuartelamientos y que denominan “carnet del wisa”. Este suele constar de un conjunto de elementos entre los que suele aparecer algún tipo de decálogo, en el que figuran las normas que rigen la conducta de los soldados de reemplazo, elaborado en términos chistosos, y que sirven para reafirmar la hegemonía del wisa como personalidad suprema dentro del grupo constituido por la tropa. También suele presentarse un pequeño calendario en el que aparecen unos treinta o sesenta días, los cuales serán los últimos de la mili del portador del carnet. Conjuntamente a esto, podemos encontrar algún dicho a modo de oración en el que se hace alusión al carácter diferencial entre los novatos y los veteranos. Centrándome en el aspecto concreto que presento, se distinguen cinco rostros pertenecientes a cinco soldados, cada uno de ellos representa a su vez un status específico dentro del orden propio de la estructura jerárquica de la tropa. Hay que señalar que aunque aparecen representados con cinco rostros diferentes, bien podría considerarse un único personaje que es retratado en diferentes momentos de su biografía de soldado.

El primer análisis nos puede llevar a apreciar una estructura dicotómica en el conjunto, según la cual por un lado estarían las dos primeras caras que poseen rasgos claramente diferenciales respecto a las otras tres. En las primeras puede observarse como la prenda que portan en la cabeza es diferente a la del resto, en este caso llevan la que se denomina gorra cuartelera que es la usada durante todo el periodo de instrucción, y que es común a la mayoría de las unidades regulares del ejército de tierra. Es, por tanto, una gorra de trabajo que no posee ningún rasgo diferencial concreto en el que la porta. Pero además, se puede leer en el pie de cada retrato cómo los calificativos empleados para denominarlos son el de bicho y el de chinche; ambos corresponden al orden animal, o al menos no corresponden al orden humano, y además poseen connotaciones despectivas. A estos elementos hay que añadir la expresión de los rostros referidos. El primero tiene un aire bobaliccón, y aunque en el segundo ya se aprecia un inminente despertar aún no es suficientemente evidente. También se puede distinguir cómo son dibujados sin ningún rastro de bello

o cabello, salvo en el segundo en el que se empieza a entrever algún que otro pelo en el bigote y algún pelo del cabello aparece sutilmente por detrás. En los textos que acompañan a los rostros se aprecia cómo se trata de personajes que están confinados por su condición de novatos a no actuar ni pensar por cuenta propia.

Por el contrario, en los otros tres rostros ya se aprecian elementos en parte comunes entre ellos y a la vez diferenciales de los otros dos; en primer lugar observamos cómo llevan una boina en lugar de la gorra. La boina es un símbolo de distinción, pues se consigue al adquirir la condición de soldado, hecho que acontece con el rito de la jura de bandera. En estos tres rostros podemos observar signos evidentes de diferenciación en el aspecto y en las facciones de los sujetos. Así, se aprecia como el cabello es más largo a medida que el soldado representado va siendo más veterano; lo mismo ocurre con los pelos de la barba y del pecho (claros signos de madurez y hombría). Las facciones se van endureciendo y hacen surgir un mayor temor en el que los observa; el entrecejo se frunce, las cejas se hacen más densas, y las orejas van adquiriendo una forma puntiaguda similar a la de un vampiro o algún ser tenebroso. Sin embargo, en el último rostro lo que se evidencia es un aparente estado de euforia y un cierto grado de locura; podemos observar cómo su aspecto es diametralmente opuesto al del primer rostro, pues no en vano representa al *wisa*, al más veterano, al que ocupa el lugar más álgido del sistema jerárquico de la tropa, cuyo status es incuestionable y puede hacer lo que le plazca. Todos le respetan y no tiene que hacer nada para que así sea, por eso se muestra despreocupado y alegre; además, es el que está próximo a licenciarse, y ésta es en definitiva su única preocupación. No obstante, los otros dos, el “*padraco*” y el “*abuelo*”, están en los puestos intermedios de la jerarquía, y son ciertamente veteranos pero deben demostrarlo para hacerse respetar, y para ello maltrataran a los novatos sin ningún tipo de contemplaciones; tal y como refiere el texto que les acompaña, su principal inquietud es llegar a ser *wisas*. Como se observa en los calificativos empleados por ellos, refieren una ordenación de carácter filial; “*padraco*” (equivale a padre), “*abuelo*” al mismo, y “*wisa*” (equivale a bisabuelo) los cuales son calificativos propios del ser humano adulto asociados con una condición jerárquica que se adquiere en la vida real (como en la mili) por el paso del tiempo. A su vez, son términos opuestos a los calificativos previos que identificaban a sus portadores con una condición no-humana. Por otra parte, el recurso a esta categorización filial responde a la lógica referida según la cual es el tiempo de mili el que determina el orden y el status de cada cual, pero a la vez el recurso a una terminología filial representa una relación vinculante de tipo generacional entre las partes, de manera que todos están vinculados y todos seguirán el mismo proceso dentro del ciclo vital que constituye para el soldado de reemplazo el he-

cho de la mili. Este último aspecto lo refiere de manera categórica la frase que aparece a modo de título del dibujo en la que se puede leer "Evolución de la especie" y que continúa señalando cómo se trata de algo inevitable que llega casi sin notarlo, dándole un carácter determinista a la manera en que el sujeto, al entrar en el mundo militar, deja de ser lo que era para empezar a ser algo diferente. A partir de ahí irá sufriendo un proceso evolutivo en su personalidad que determinará, y estará a la vez determinado, por el tipo de relaciones que mantendrá con sus propios compañeros, según el estadio del proceso en el que se encuentre en su biografía cuartelera.

EVOLUCIÓN DE LA ESPECIE:

es algo inevitable, llega casi sin notarlo.



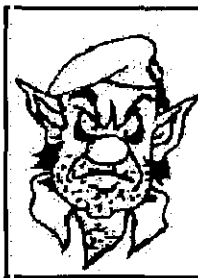
BICHO: dícese del que acabá de llegar, no hace nada, y que no se le ocurra.



CHINCHE: empieza a pensar, porque ya está un poco harto de putadas, no es muy peligroso.



PADRACO: ya huele, acompaña al abuelo y al wisa jodiendo a los demás, sueña con ser como ellos.



ABUELO: cuidado, este ya sabe mucho, hace lo que sea para poder llegar a ser wisa.



WISA: actúa tras retreta, come, bebe, y fuma de gorra, lleva el bastón de mando y es respetado.

Caricaturas de los procesos, evolución de la especie

Otro aspecto especialmente relevante, desde un punto de vista simbólico, es el recurso de los soldados a diferentes tipos de imágenes para expresar la ambigüedad y el carácter contradictorio en el que se desarrolla la vida en el mundo de la milicia. Esto suele percibirse como un contexto en el que todo está perfectamente regulado y normalizado. Un magnífico ejemplo de este tipo de caricaturas, a través de las cuales se pretende desmitificar esa imagen, la constituye el dibujo que presento a continuación y que se titula “el relevo”. El análisis de esta caricatura nos permite corroborar una de las hipótesis que fundamenta la necesidad del estudio de las organizaciones desde el campo de las ciencias sociales y de la antropología, pues según ésta lo que la hace motivo de dicho análisis es básicamente la falta de adecuación absoluta entre lo que las organizaciones pretenden ser respecto a su estructura, normativa, pautas de actuación etc., y el modo en que dichas organizaciones funcionan y actúan realmente. Ese desajuste es precisamente el que atrae nuestra atención, pues de ajustarse exactamente las organizaciones a las normas que poseen, bastaría con analizar las normas formales de éstas para comprenderlas. La caricatura “del relevo” constituye en mi opinión un magnífico ejemplo de lo dicho, pues representa de forma simple pero completa este hecho, aunque no fuese éste el propósito inicial ni consciente de su autor, como sucede en muchos casos. Pero además, la referida caricatura denota un aspecto especialmente destacable en el estudio antropológico, y es el hecho de evidenciar cómo los grupos, e incluso las organizaciones, y en especial los sujetos, sufren procesos de cambio con el paso del tiempo, especialmente cuando se ven sometidos a experiencias y situaciones concretas y en algún caso especiales, las cuales les marcan de algún modo. Como sucede con la imagen que analizamos, pues tiene su origen en las acciones de ayuda humanitaria en Bosnia - Herzegovina. Sin duda nos encontramos ante un claro ejemplo de cómo una imagen (en este caso una caricatura) puede expresar con gran eficacia y rotundidad un conjunto de significados complejos y hacernoslos llegar de forma inmediata.

Como elementos destacados de esta caricatura quisiera señalar, en primer lugar, la forma en que son representados los personajes y la disposición de los mismos. Así, puede apreciarse a simple vista cómo en el dibujo que representa la llegada de las tropas al lugar de destino, éstas ofrecen una imagen totalmente estereotipada, que se ajusta a los patrones militares de homogeneidad, armonía y disciplina. Todos aparecen en perfecto orden, y de acuerdo a los cánones jerárquicos; el personaje que va en cabeza refiere al jefe de la unidad y es por ello dibujado con un aire especial. Su marcialidad es tal, que ni siquiera levanta polvo al marchar (como sí lo hacen los que le siguen), además es representado con un mayor tamaño que los demás y con una aparente robustez y fortaleza que no poseen los otros personajes, mucho más enclenques. Hasta los rasgos faciales.



El relevo

Le diferencian (su nariz y mentón son más estéticos que los de la tropa que le sigue, que es dibujada con una forma más prominente). En este análisis inicial, destacaría la manera en que el dibujo señala la diferencia entre los distintos grupos que constituyen una unidad militar, en la que se incide especialmente en la distinción entre el jefe de la misma y los demás, que son por otra parte representados como copias exactas. En un segundo nivel podemos observar cómo todos, sin distinción, aparecen dibujados con una imagen immaculada de acuerdo a los cánones militares; bien afeitados, con cuerpos atléticos y aire marcial y hierático. Sin embargo, basta observar con un poco de detenimiento al personaje que aparece en la garita de vigilancia que pertenece al grupo de los que van a ser relevados para empezar a percibir los contrastes pretendidos.

La segunda parte del dibujo representa a los miembros de la unidad saliente, (es decir la que es relevada). Inmediatamente se perciben elementos diferenciales que, cuando menos, llaman la atención del que los contempla. En primer lugar, destacaría el aspecto de la misma, que dista bastante del presentado por la viñeta anterior. Aquí la marcialidad brilla por su ausencia, los personajes son representados de manera diferente, evidenciando las posibles "miserias" o virtudes de cada cual, los rostros y la estructura física de cada uno son también diferentes entre sí. Los cuerpos estilizados y atléticos dan paso a cuerpos de todo tipo, cuerpos rechonchos y con prominentes barrigas, otros largos y delgados, etc. Los rostros también denotan rasgos diferenciales, pues se aprecian narices y mentones de todo tipo. Las actitudes de cada cual nos refieren a otro aspecto destacado, puesto que aquí parece predominar el ambiente festivo y la algarabía de los que acaban una misión, lo que se aprecia en los rostros alegres y sonrientes; además, unos van fumando e incluso alguno va apurando una de las botellas que, sin duda, utilizaron el día anterior para festejar la partida. El equipamiento brilla por su ausencia y la uniformidad y signos de disciplina y policía militar no aparecen por ningún lado; cada uno lleva el uniforme y la prenda de cabeza que desea, o no lleva ninguna, y además se aprecia en alguno una clara longitud del cabello, o portan barbas espesas y descuidadas. La formación de los salientes es un verdadero desastre, ni siquiera el banderín ocupa el lugar destacado que le corresponde, y el remate lo aporta el comentario del segundo personaje al referir de manera jocosa; *Hay que ver lo bonito que es un desfile ¿eh?* otorgando con ello un carácter aún más grotesco al conjunto y evidenciando la diferencia entre el ideal y la realidad.

En todo caso, podemos, si cabe, resumir el contenido de la caricatura señalando cómo a través de ella se percibe el aspecto humano que existe incluso debajo de aquellos que visten un uniforme, y que aun cuando los procesos de socialización y enculturación pueden ser muy fuertes y constriñen a los sujetos, limitando la manifestación de su individualidad, en determinadas circunstancias y situaciones el "sujeto" acaba aflorando, y la diferencia (que es una

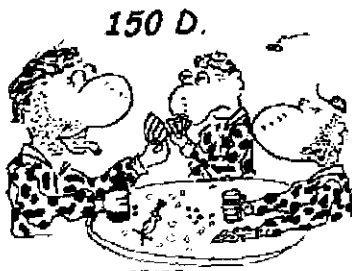
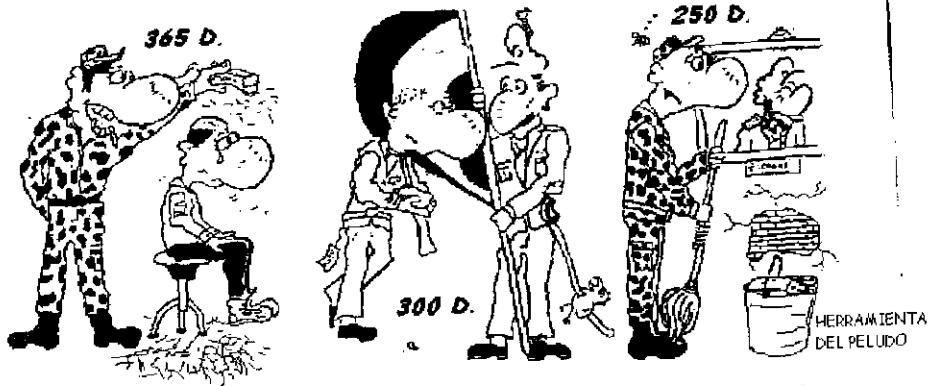


Año 1995, Revista la Bellota; relevo A. G. T. CORDOBA por la EXTREMADURA

El relevo

calidad consustancial al ser humano) resurgirá. También la erosión del paso del tiempo, que meretofosea al individuo resulta similar al tránsito por la mili normal que se ha reflejado en caricaturas anteriores. Quizá la síntesis del mensaje que recoge esta caricatura es señalar cómo incluso debajo del uniforme militar existe un individuo con una personalidad e identidad propia, y cómo determinadas experiencias y vivencias pueden hacer aflorar éstas en cualquier circunstancia. De hecho, en el caso concreto que expongo pude confirmar cómo alguno de los valores que decían poseer algunos miembros de una de las agrupaciones que actuaron en una de estas misiones, eran valorados de manera diferente a la vuelta de la misma. Quiero concluir el análisis de este dibujo señalando que ciertamente podría ampliarse la interpretación del mismo, u orientarse desde otra perspectiva, pues si incidiésemos de manera especial en la connotación que supone el hecho de haber sido realizada por uno de los miembros de una de las agrupaciones españolas que participaron en las acciones de ayuda humanitaria en Bosnia-Herzegovina, y que por tanto se adscribe a ese contexto, podríamos focalizar la atención e incidir más en ese particular hecho, pero no es mi intención hacerlo en este caso, pues lo comentado también tiene cabida.

Otro de los aspectos que adquieren un valor especial en el pensamiento del soldado es su particular percepción y preocupación por el paso del tiempo. Esto se puede observar a través de múltiples y diferentes aspectos en las representaciones gráficas donde adquiere un lugar destacado. Son múltiples los dibujos y gráficos que representan este hecho de una u otra forma. Las dos caricaturas que acabamos de ver son un claro ejemplo de ello, pero sin duda, no el más habitual. Existe la costumbre, muy extendida, casi generalizada diría yo, de realizar unos peculiares calendarios, en los que el soldado va tachando los días que van pasando según se acerca el momento de su licenciamiento. Estos calendarios constituyen toda una tradición, y aunque adquieren unos formatos diferentes y utilizan en su realización todo tipo de técnicas y medios, que van desde simples montajes elaborados con el recorte de una página de un calendario normal, a un modelo más elaborado realizado a base de parches de los utilizados para taponar los impactos conseguidos en los ejercicios de tiro, hasta las más complejas y sofisticadas elaboraciones realizadas con programas informáticos, en los que la imagen adquiere un carácter dinámico e incluso es acompañada por efectos sonoros y visuales. En todo caso, los elaborados por métodos tradicionales, es decir con lápiz y papel, no tienen tampoco ningún desperdicio, y en algunos de ellos se puede apreciar de forma sintetizada y conjunta la percepción que tienen los actores de su experiencia de la mili. Así, suelen destacar algún aspecto relevante de la misma, vinculándola a un momento o periodo, determinado de ésta. El dibujo que acompaño, es una muestra de lo dicho, pues refleja a modo de pro-



Calendario con forma de triángulo invertido

ceso cronológico, cómo el soldado se va transformando y adquiriendo pautas de conducta diferentes a medida que va pasando el tiempo. Además constituye un documento etnográfico de claro interés por lo que al tema de la mili se refiere, ya que como se aprecia en la base del mismo está realizado en el año 1991 (aunque posiblemente es una copia de un original realizado mucho antes).

Pasemos a analizar el dibujo en cuestión. Como señalé anteriormente podemos observar cómo el autor ha sintetizado de manera simple y gráfica los actos y funciones que considera específicos de la experiencia del servicio militar, y que a la vez significan y señalan el paso de un estado a otro, refiriendo el momento en que éste se produce dentro de la misma. El primer hecho que se representa es el rapado del cabello del recién llegado. Este hecho marca el momento de entrada en la vida militar del joven cuando se incorpora a la mili. El corte del pelo es un elemento simbólico que marca el paso de un estado a otro, pues se trata de una de las múltiples mutilaciones corporales, (aunque ésta sea reversible), que es utilizada en diversos procesos rituales para significar y denotar la ruptura con el status y condición previa y la adopción de una nueva. Además, como se puede apreciar en el dibujo, suele acontecer en el mismo instante en el que el joven comienza su mili, como así lo señala el número que aparece en la parte superior que indica (365 D), es decir trescientos sesenta y cinco días. Este hecho nos aporta una nueva información; por un lado señala que, en el momento en el que se hizo el dibujo el servicio militar aún duraba doce meses y no los nueve que dura en la actualidad, pero además muestra cómo el soldado estructura los periodos temporales de acuerdo con un criterio personal y específico: el tiempo total que dura su propia mili. Al soldado no le interesan los años naturales, sino el año (o período) que dura su servicio militar; es por ello que empieza a contar en el día 365 y de este ira progresivamente descendiendo, sin preocuparle si la fecha de su ingreso en filas coincide con el mes de enero o con cualquier otro.

El segundo hecho destacado es el del día de la jura de bandera, lo que sucede según marca el particular calendario, unos dos meses después de la incorporación. Este especial acto marca nuevamente el paso de un estadio a otro, pues a través de él el recluta se convierte en soldado, lo que significará, entre otras cosas, que el joven ya está preparado para servir plenamente como tal y podrá realizar los correspondientes servicios de armas y otras funciones que le deparará su vida en el cuartel. No obstante, la condición de novato que aún sigue poseyendo el citado soldado queda simbolizada por la etiqueta que le cuelga del traje en el momento de jurar, pues refiere que se trata de un “objeto” a estrenar.

El siguiente acto representado es el del joven, aún novato, que al poco de jurar bandera deberá dedicar sus esfuerzos a mantener en perfecto estado de

revista y de limpieza la unidad; para ello será controlado de forma directa por sus mandos como se señala al dibujar a uno de estos supervisando su labor desde una ventana. En este momento su principal “herramienta de trabajo” será el cubo y la fregona (como se refiere en el propio dibujo). El otro acto al que dedicará gran parte de sus energías será el de realizar servicios de armas de todo tipo; guardias, garitas, refuerzos y tareas similares. El siguiente dibujo muestra a un soldado en una garita en la que se pueden apreciar algunas inscripciones, una en la que se lee (vallekas) y otra en la que pone (wisa 21/58), ambas hacen alusión a una costumbre también arraigada entre los soldados de reemplazo, la de dejar su “seña”, su “firma” en diversos lugares por los que pasa a lo largo de su vida como soldado. A través de éstas pretende dejar constancia de que estuvo allí a aquellos que le sigan, remarcando de este modo el hecho de que los que la lean pasado el tiempo serán, sin duda, más modernos que él, reafirmando nuevamente el ordenamiento generacional al que se ven sometidos. Ya quedan 200 días, y aunque el soldado se ve obligado a realizar todo tipo de servicios y aún no es un veterano, ya empieza a vislumbrarse en él un cierto aire de madurez cuartelera, pues lleva unos auriculares puestos, lo cual está terminantemente prohibido cuando se realizan este tipo de servicios. De hecho, en este momento ya no es un “bicho”, un “bulto”, un “peludo”, pues después de ciento sesenta y cinco días ya se han incorporado los siguientes reclutas y el susodicho soldado ha adquirido la condición de “padre”.

El siguiente dibujo señala que le faltan ciento cincuenta días para finalizar su mili, en este momento el soldado es “abuelo”, es decir veterano, y ya ha aprendido a “vivir” en el mundo castrense y por tanto a escaquearse “con cierto estilo». En ese momento los soldados, se dedican, siempre que pueden, a la práctica de todo tipo de actividades ociosas con sus colegas, entre las que destacan el beber, fumar y demás actividades lúdicas, dejando mientras tanto que los novatos realicen las tareas que les encomienden los mandos. También se puede apreciar fácilmente el grado de veteranía en la longitud del cabello y en la barba mal afeitada.

¡Ya faltan 100 días!, y el soldado adquiere la categoría de “wisa”, condición suprema dentro de la jerarquía de la tropa de reemplazo. El soldado es representado con la barba de varios días, totalmente ocioso, tumbado y con un lápiz en la mano, con lo que se señala que su mayor preocupación desde ese momento será dedicarse a ir tachando los días que le quedan para licenciarse, cien para más señas, lo que supone algo menos de un tercio del total de su vida como soldado. Es en este momento en el que el soldado confecciona el *anhelado calendario para señalarse a sí mismo lo poco que le queda, y lo que no es menos importante, para que los demás, en especial los de reemplazo posteriores al suyo, puedan observarlo.* En este calendario el veterano irá ta-

chando los días a medida que pasan, deleitándose con ello, pues en el momento en el que tache el último será nuevamente libre, volverá a la vida civil como un adulto y habrá finalizado su periplo militar.

La existencia de estos calendarios son una muestra de la obsesión que posee el soldado, desde el mismo momento en que ingresa en filas, por ver finalizada su experiencia como tal. Pero no realizan el calendario hasta que no falta un tercio aproximado de la mili, que supone unos cien o noventa días, (cien cuando la mili duraba doce meses, y noventa que son los usuales en la actualidad que dura unos nueve meses). En todo caso, el que realicen el citado calendario en ese momento y no antes responde a una doble razón; la primera la constituye el hecho de que si lo hiciesen desde el principio el paso del tiempo se les haría más lento, y la espera se les haría mucho más dura. La otra razón la constituye el hecho del propio orden establecido que rige las pautas de conducta de la tropa que, según sus propias normas, establece que sólo los veteranos puedan realizar dichos calendarios.

Antes de concluir el análisis de ésta caricatura quiero destacar el hecho de cómo el conjunto de la caricatura resume de manera magistral la percepción general del soldado respecto a su experiencia de la mili, la cual gira, en la mayoría de los casos, y según ellos mismos manifiestan, en torno a las actividades que se reflejan en el dibujo. Además, refiere cómo la mili y las actividades señaladas se vinculan a dos periodos claramente demarcados; un periodo inicial en el que es separado de su vida anterior y que durará hasta la jura de bandera, durante el cual será instruido para poder realizar las tareas que se le encomienden una vez finalizado este periodo inicial, y un segundo periodo en el que sus actividades estarán centradas en la realización de servicios mecánicos, especialmente de limpieza, y servicios de armas: guardias, garitas, plantones, etc. Pero además, el dibujo muestra cómo el soldado, mientras no se vea absolutamente obligado y controlado realizando estas actividades básicas, intentará estar escaqueado (lo que constituye todo un principio existencial y filosófico en el pensamiento de la tropa), tarea a la que dedicará la mayor energía para poder estar ocioso todo el tiempo que pueda, en espera del anhelado momento de la licencia.

Otro aspecto de interés desde el punto de vista del trabajo de campo del antropólogo reside en la conveniencia de conocer las maneras en que los sujetos de una determinada cultura manifiestan su status y su condición dentro del grupo al que pertenecen, para lo cual se recurre a todo un sistema de signos y señales no verbales que indican a los demás quién es y qué lugar ocupa en el grupo. En el caso de la tropa, como señalé anteriormente, el status lo determina el grado de veteranía; por tanto, los signos referidos normalmente señalarán este aspecto en la imagen del soldado, como veremos a través de la siguiente caricatura que denomino “el wisa”.

EL WISSA



Caricatura del wisa

El dibujo representa el prototipo de un “wisa”, el grado máximo en el orden jerárquico de la tropa de reemplazo. Éste se adquiere cuando se licencia el llamamiento anterior al que uno pertenece, y significa para el que lo ostenta que será el próximo en licenciarse. También significa cómo dentro del grupo constituido por la tropa, los demás miembros deben respetarlos y cuidarlos como buenos y serviciales subordinados. Es por ello que se establece todo un sistema de “sofisticados” signos que evidencien dicha condición, para evitar confusiones. En este sentido, la tropa reproduce los procedimientos de los mandos y al igual que ellos establece el derecho a portar ciertos “distintivos” que todo soldado conoce, y cuyo uso está exclusivamente reservado a aquellos que tienen derecho a portarlo, pues, en caso de que algún soldado “no wisa” se atreviese a portar determinados signos propios de estos, sería fuertemente sancionado y castigado por los mismos. En cuanto a los signos y rasgos que les caracterizan y diferencian, se pueden apreciar en el dibujo y en las indicaciones que aparecen. Algunas de ellas están vinculadas al propio paso del tiempo y son evidencias de éste, como el desgaste del uniforme, de la gorra, y de las botas, otros serán exageraciones de determinados rasgos o aspectos que contribuyan a señalar el paso del tiempo, los cuales adquieren un valor mayor cuando van en contra de las normas de policía y de la imagen que la institución pretende imponer al soldado. Entre estos rasgos destacarían la longitud y especial corte del pelo, el uso de patillas y la prominente barba, o el lucimiento de camisetas no reglamentarias y que permitan entrever el vello del pecho, (signo de dureza y virilidad). Las posturas y expresiones del rostro juegan un papel igualmente relevante, pues pretenden infundir respeto y temor en aquellos que les miren. Junto a éstos signos, existe todo un universo de signos añadidos totalmente artificiales, para los cuales se recurre a cualquier elemento que no llamando especialmente la atención en los mandos, sean lo suficientemente evidentes para que no pasen desapercibidos a los demás. Entre estos destacan el uso de nudos en los cordones de las botas, o de muescas, etc., que en un número determinado indica el tiempo de mili que lleva su portador. También ocupan un lugar destacado las prendas reglamentarias de la uniformidad y del equipo, pero siempre y cuando éstas muestren unos niveles de desgaste y uso que resulten evidentes, por lo cual adquieren su máximo valor cuando son heredadas de reemplazo en reemplazo, y si se trata de prendas que han sido sustituidas por otros modelos, mejor que mejor. Así, una gorra, ceñidor, etc., de un modelo antiguo que ya esté en desuso oficial, adquiere un valor simbólico incuestionable entre los soldados veteranos.

No me extenderé más en este punto por considerar que el dibujo y las explicaciones que en él aparecen son bastante claras; además el tema de las diferencias entre los distintos grupos que componen la tropa lo referí con anterioridad.

En cuanto a la valoración de la mili en su conjunto, puede decirse que para el soldado ésta significa un periodo de su vida que considera como al margen, como liminar, como un tiempo inexistente, y esto lo representa metafóricamente recurriendo básicamente a tres categorías fundamentales, la de la muerte, la de estar encerrados en una prisión y la de poseer una condición vinculada a la suciedad y a la impureza. Los tres dibujos que siguen son una muestra de cada una de estas percepciones.

El dibujo que reproduzco pertenece a una caricatura realizada en la parte delantera de una camiseta de un grupo de soldados que realizaron su periodo de instrucción como reclutas en un centro de instrucción militar. Este hecho



Camiseta con calavera

de estampar en una camiseta algún dibujo con alguna característica, o rasgo, que defina al grupo es una costumbre bastante extendida en los últimos tiempos. En el reverso de la misma suele imprimirse el nombre o apodo de cada uno de los soldados que pertenecía a la susodicha unidad, normalmente tipo sección, lo que servirá como recuerdo personal de haber pasado por dicha experiencia, función que suele cumplir igualmente el clásico retrato, o fotografía que la mayoría de los soldados se hacen como recuerdo de la mili.

En el caso que nos ocupa, podemos apreciar cómo los soldados eligieron a un “expresivo” soldado con evidentes rasgos cadavéricos, para representar al grupo y a sus miembros. De todas formas, el recurso de representar cadáveres, calaveras, o formas grotescas resulta bastante frecuente en el mundo del imaginario de los soldados, como también se puede observar en el siguiente dibujo en el que se ve a un soldado en un cierto estado de descomposición sentado en un inodoro. Sin embargo, aunque podríamos encontrar parte del origen de esta costumbre en el hecho de que la simbología de la muerte ocupa un lugar destacado en la imaginería de la cultura militar de todos los tiempos, que es utilizada para referir el poder sobre la vida, o el no temor a la muerte, con el propósito de otorgar mayor coraje y arrojo en las propias tropas y temor en las enemigas, en el caso que tratamos se presenta más como un recurso de carácter burlesco, que actúa en el pensamiento de la tropa a modo de parodia sobre esta costumbre institucional. Pero también adquiere un valor simbólico en el sentido que representa la propia experiencia de la mili vivida como un estadio anormal, liminar, en el que el soldado se considera “muerto”, “no vivo”, pues no son pocos los que refieren su experiencia de la mili como un periodo “en blanco” de sus vidas, lo cual está en total consonancia con los procesos que desde un punto teórico se corresponden con los denominados ritos de paso, y el servicio militar puede calificarse como tal en gran medida, como han señalado numerosos autores.

Centrémonos, no obstante, en el dibujo. En primer lugar destaca el aspecto amenazante de la figura que señala al que lo observa, como si quisiera advertirle de algo. Quizá le éste advirtiendo de lo que le puede pasar a aquellos que decidan, como él mismo, pasar por su misma experiencia. El que se represente al cadáver rodeado por una robusta cadena constituye otro hecho interesante, que tiene cierta relación con el cordel y la llave que rodean su cuello, —la llave colgada al cuello es normalmente la del candado de la taquilla del soldado y el llevarla colgada es una fórmula muy práctica, y cómoda por otra parte para no extraviarla—, pero en un sentido más profundo, ambos simbolizan el hecho de estar atados, encadenados, encerrados en definitiva en un mundo al que se han visto forzados a ir y del que no pueden salir hasta que cumplan su “compromiso”, o su “condena” como reza en algunos comentarios de los soldados, en los que se compara el hecho de estar en la mili con el de encontrar-



Soldado en prisión

se presos y encarcelados por un sistema contra el que nada pueden hacer. El próximo dibujo evidencia este otro modo de percibir el hecho de la mili, tal y como lo conciben no pocos soldados.

Como referí anteriormente, algunos soldados refieren su condición de soldado aludiendo que se sentían como si fueran auténticos reclusos, y hacen extensiva esta sensación a toda su experiencia de la mili. Esto lo pude leer en unas inscripciones realizadas por algún soldado en un papel en el que podía leerse, *Nunca tuve 19 años, la mili me los robó; por un beso que di a la bandera me metieron 9 meses de prisión*. El contenido del dibujo no tiene tampoco desperdicio alguno, y corrobora ese sentimiento. Como se aprecia en conjunto, se trata nuevamente de uno de los calendarios utilizados por los veteranos para ir tachando el tiempo de mili que les queda. En este caso el autor ha decidido representar al soldado en una especie de estado de enajenación, con los ojos desorbitados y fuera de sí, como si quisiese representar con ello que se trata de un estado anormal, —aunque también podría ser debido al hecho de presenciar como las ratas fornican ruidosamente ante su presencia sin ningún reparo— frente a su obligada abstinencia durante el periodo militar. En todo caso, el contexto en que se dibuja al soldado habla por sí mismo, y aunque ciertamente refiere de forma metafórica el estar encarcelado, para más de uno esto no ha sido una simple metáfora, y ha podido, de hecho, pasar unos días encerrado en el tan temido calabozo, hoy finalmente en desuso. Volviendo sobre el contenido del dibujo, podemos deducir de la actitud del personaje que aparece en un estado de pasividad completa, como si supiera que no tiene nada que hacer para cambiar su destino, y tan sólo le queda esperar pacientemente a que el tiempo pase y finalice su encierro. Por ello, lo único que le puede ayudar es ir tachando los días que le quedan en el calendario confeccionado para dicho fin. En este particular dibujo las referencias a la suciedad y a la mugre son igualmente perceptibles, y este hecho constituye una muestra más de cómo es percibida la mili al utilizar categorías propias del ámbito de la naturaleza del tipo; limpio/sucio, puro/impuro. No obstante, considero más apropiado para tratar este aspecto particular el siguiente dibujo, por mostrar de manera más clara y evidente este hecho.

La caricatura de Breton de los Horrores, es para mí una de las que me resultaron más impactantes cuando cayó en mis manos, no sólo por la imagen ciertamente tétrica y lugubre que representa, sino por todo el contenido simbólico que encierra y por imaginarme qué podría estar pasando por la mente de un joven de unos veinte años para decidir reflejar de esta manera lo que pudiera considerarse como la concepción de su situación existencial en un momento dado. Realmente la imagen, en este caso acompañada de texto a modo de frases hechas dice bastante. El conjunto muestra a un sol-



Soldado de breton

dato decrepito, cadavérico, en proceso de descomposición que está a la vez defecando, con todo lo cual se pretende dar una imagen de suciedad, de podredumbre y de impureza. El autor parece señalar con ello que así es como siente su “ser soldado”, sucio y vacío, como si no valiese nada. Pero también pretende señalar en el conjunto el paso del tiempo, —no en vano se trata de un veterano, como se deduce de la (W) que aparece centrada bajo el título de Bretón de los horrores—, para ello recurre a dibujar una telaraña en la visera y cara del soldado. Sin embargo, el autor del dibujo no quiere dar únicamente una sensación de asco, sino que manifiesta a la vez su sentido humorístico en las críticas que hace sobre el mundo militar. Así, la presencia de un par de botellines de cerveza en el suelo son un complemento perfecto a las frases que adornan la taza del water y la cisterna, en la que se pueden leer todo tipo de improperios contra la austeridad y la disciplina, *en los que se propone como alternativa el uso y disfrute de alcohol y algunas sustancias prohibidas en el ámbito militar, algunas de estas expresiones son; salud, anarquía y un canuto cada día, o, tankes sí pero de cerveza, etc.*

Tanto en el caso del soldado encarcelado, como en éste del soldado en el váter se puede apreciar una especie de sensación de agobio producido por la fuerte contextualización de los mismos y el uso de sombras y tonos oscuros que en ambos casos contribuyen a despertar una sensación de repulsa por parte del que los observa, repulsa que está sin duda orientada contra el servicio militar obligatorio.

El segundo aspecto que referí inicialmente es el de la imagen producida, o sería mejor decir captada, por el sujeto del estudio, es decir por el investigador. Para ello presentaré únicamente una fotografía, pues considero que la producción gráfica realizada por los investigadores constituyen un elemento ampliamente tratado en los estudios de antropología visual, y considero que no posee en el tema que he pretendido presentar un lugar tan destacado como el de las caricaturas o elementos gráficos producidos por los propios actores. El tema concreto que muestra la fotografía es el de un peculiar “tendedero” del que cuelgan botas zapatos y zapatillas de deporte, lo cual siendo un hecho peculiar por sí mismos lo es aún más si todas estas prendas de calzado son además militares, y si su ubicación se encuentra próxima a una garita de vigilancia de un acuartelamiento, como es el caso que se puede observar en la imagen. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que en esta fotografía no aparezcan de forma directa los actores, lo cual responde a un propósito intencionado por mi parte. Con ello pretendo señalar cómo algunos símbolos y signos son claras proyecciones de los protagonistas y de la realidad analizada, por lo que constituyen una fuente de interés para la comprensión de éstos.



Botas colgando

La imagen muestra una escena que se ha generalizado en diferentes lugares de nuestro entorno, en los que existen acuartelamientos, y refiere una costumbre adquirida por los soldados al licenciarse, que consiste en despojarse de estas prendas y dejarlas en un lugar visible, como si de una “huella” de ellos mismos se tratase. En todo caso, el proceso se repite con cada reemplazo, pues normalmente las propias autoridades militares se encargan de que sean retiradas dichas señas de los que fueran sus soldados. Los que se licencian en la siguiente ocasión rememoran y reproducen las pautas de acción de sus antecesores, como buenos discípulos de éstos, de forma que alguien será el primero en lanzar sus botas, acto que otros muchos seguirán en una especie de ritual mimético. Sin duda, este hecho que personalmente recogí en la zona de Campamento de Madrid —lugar en los que aún están asentados varios acuartelamientos— podría interpretarse de varias maneras. No obstante, mi propósito es analizarlo como un aspecto que refiere algunas pautas de aquellos que fueron soldados y que de repente dejan de serlo, pues este hecho lo realizan, como ya he señalado con anterioridad, los soldados que se acaban de licenciar y se marchan de sus unidades para no volver más, siendo ya civiles de pleno derecho. Es por ello que me llamó la atención la primera vez que me fijé en esta curiosa costumbre, hace ya bastantes años, y de la que tengo constancia existen diferentes modalidades, pues las botas se cuelgan en diferentes

lugares, como cables eléctricos, las ramas de algún árbol, señales de tráfico, etc. Lo importante es que sean lugares visibles y que estén muy próximos a la unidad militar en la que han realizado su servicio militar los que las dejan.

El sentido último que parece tener dicha costumbre, además de desprenderse de la pesada carga que constituyen unas botas ya usadas y con poca utilidad para muchos, es el de dejar allí una muestra más de su paso por la mili, pero a la vez constituye una manera de criticar y protestar ante los que les han tenido sometidos a un sistema y manera de vivir que no ha resultado grata para muchos. El que se utilice el calzado es un hecho también a tenerse en cuenta, pues en las unidades del ejército de tierra, y en este caso se trata de una de ellas, el calzado, y más concretamente las botas constituyen un signo de esfuerzo y sacrificio en si mismo. La bota es signo de esfuerzo por el hecho de que el soldado de tierra se distingue de algún modo por el permanente uso de la misma, y este uso suele estar además vinculado al sacrificio, por el hecho de que entre las tareas que suele resultar más frecuentes para los soldados de remplazo durante su vida militar, destaca de modo especial la realización de la instrucción, y las actividades relacionadas con el ejercicio físico en el que destaca la carrera, y los servicios de armas: *guardias, patrullas, garitas* etc., y en algunos casos las maniobras en el campo en las que las largas y duras marchas constituyen una de las pruebas más duras y penosas. Además el calzado es uno de los elementos por los que más frecuentemente es reprendido o sancionado el soldado de remplazo, pues es de todos sabido que la atención por la limpieza del mismo es una de las mayores obsesiones de los mandos de cualquier unidad del ejército de tierra. No es por tanto de extrañar que sea el calzado —fuente de la mayor parte de los sufrimientos personales y físicos de la tropa— utilizado como un elemento simbólico de repudia y rebeldía cuando uno abandona el ejército y puede por fin representarlo, desprendiéndose de aquello que todos identifican como símbolo de la milicia por excelencia, la bota militar.

A continuación presentaré un ejemplo de lo que podemos definir como producción gráfica institucional. Con ello quiero señalar cómo en ocasiones la propia institución u organización, en este caso la militar, recurre a la elaboración de dibujos con formato de viñeta con el propósito de “llegar” más fácilmente a los soldados. En este caso concreto reproduzco una viñeta elaborada con la finalidad de concienciar a los soldados recién incorporados de que ellos son el mejor medio para erradicar las novatadas en las unidades. Como puede apreciarse, su estructura ocupa dos páginas de un libreto que se entrega en algunas unidades cuando se incorpora un nuevo remplazo y en el que se recoge y ofrece información de interés para la tropa, y también se aprovecha para darles algunas directrices sobre el modo en que han de comportarse etc. Volviendo sobre las viñetas, hay que destacar el hecho de que constan de una se-

rie de dibujos en los que se escenifica la llegada al cuartel de unos novatos, los cuales son representados con un cierto aire infantil y de simpleza, tanto por su aspecto como por las cuestiones que se plantean inicialmente, (uno comenta que espera que no sea tan duro como dicen y los otros responden a la cuestión haciendo referencias sobre la bondad de la comida). Al cruzar el umbral del cuartel son recibidos cordialmente por un suboficial, que los envía ante el que será su instructor, que se identifica como un veterano, pero a la vez como un guía y compañero, cuyo aspecto es agradable y jovial y que les invita a que le cuenten cualquier duda o problema. Por el contrario, la imagen y aspecto del que identifican como veterano —pero en este caso un veterano malicioso al que su propio compañero “Sergio” define como elementos con problemas sociales o personales, carente de cultura y acomplejado— es claramente contraria a la de los demás personajes, lo que se aprecia por sutiles pero perceptibles detalles. Incluso en unos dibujos tan simples como los que muestran esta serie de viñetas, podemos apreciar como es el único personaje que aparece con un pitillo en los labios, y en el que los dientes que se vislumbran por la grotesca sonrisa, son dibujados separadamente.

Por otra parte, podemos observar cómo el propósito del dibujo es inducir a los reclutas a que denuncien aquellos casos en los que los veteranos les maltratan, pero a la vez pretende aleccionar a estos en la idea de que tales actos son fruto de las carencias sociales y culturales de algunos individuos, señalando a través de este hecho que las novatadas no son un fenómeno institucional sino que son el resultado de determinados problemas personales y sociales, externos por tanto al ámbito militar. La paradoja se da en el hecho de que el personaje que representa a un mando (aparentemente el capitán de la compañía) afirma por un lado que sólo con la colaboración de los propios soldados pueden atajar las novatadas, pero a la vez señala que no deben temer represalias por parte de los que realizan dichos actos al haberlos delatado, pues señala que los mandos pondrán todos los medios para evitar que se produzcan. Sin embargo, todo el discurso gira en torno al hecho de que estos actos se producen de hecho, a pesar del propósito de los mandos que reconocen explícitamente no poder erradicarlas por sí mismos, con lo que da la sensación de una cierta incongruencia en el conjunto.

Por último quiero destacar el dibujo con el que finaliza la viñeta en el que aparecen tres soldados con amplias sonrisas representando a los tres ejércitos y con el eslogan; ¿novatadas? ¡no! gracias. El cierre es del todo significativo, pues adquiere la forma de un anuncio televisivo de una campaña para proteger la captura y consumo de peces de pequeño tamaño que decía; ¿pezqueñines? ¡no! gracias, el símil llama al menos la atención por lo que se refiere al trato de “pezqueñines” que se otorga a los soldados de reemplazo, lo que responde a la percepción lógica del que realizó el trabajo, en este caso un suboficial tal como



Viñetas de la novatada

aparece en el dibujo. Para él no resulta extraño utilizar esta categorización, pues de acuerdo a su esquema cognitivo (propio de cualquier mando), el soldado de reemplazo es una especie de infante al que hay que estar siempre cuidando y enseñando. En mi opinión, este último es uno de los mensajes más destacados, pues en todo momento parece transmitirse la imagen de que los soldados son una especie de niños, unos buenos y otros malos, pero niños al fin y al cabo. La viñeta en que se representa cómo unos se marchan de pase (evidentemente los buenos) y un soldado se queda llorando como un bebé (en este caso el veterano malo) es del todo clara sobre este particular, y en conjunto pretende mostrar el hecho de la novatada como un acto infantil.

Concluyo este trabajo de la forma en que lo empecé, señalando que no se trata de una exposición concienzuda y profunda sobre un hecho concreto y delimitado de forma categórica. Debe entenderse más bien como una muestra de cómo determinados aspectos de una cultura, o de un grupo que pretenda ser analizado y comprendido no tiene porque estar constreñido al análisis exclusivo de entrevistas en profundidad y notas de campo. Un análisis conjunto de la iconografía y los textos nos dará una visión más amplia y completa que la que nos puedan transmitir largas y pesadas horas de conversación que, por otra parte, no siempre serán posibles únicamente, o en caso de serlo, lo expuesto en ellas no podrá ser siempre lo abierto y sincero que deseáramos debido a circunstancias que no siempre podremos controlar como investigadores, como suele suceder en el caso concreto que presento. En estos casos el recurso a elementos complementarios a esas manifestaciones verbales, como son las imágenes (ya sean producidas por ellos, tomadas por el investigador, o procedentes de medios institucionales), nos podrán servir en gran medida para confirmar o desechar determinadas interpretaciones de los que nos han contado, o lo que nos ha parecido ver en el mundo que queremos comprender. Lo más importante sobre este hecho es que tengamos la suficiente imaginación y disposición abierta para ver más allá de lo meramente aparente, y aceptemos la necesidad de educar nuestra mente para interpretar las imágenes y demás manifestaciones no verbales. Es preciso aceptar el hecho de que éstas actúan de forma similar a como lo hace el lenguaje oral o escrito, y cómo poseen unos códigos y pautas que le otorgan significados, los cuales están determinados y vinculados a la particular cultura de los que las generan. Sólo así conseguiremos percibir la tercera dimensión que, sin duda, poseen estas imágenes aparentemente planas.